
CAPÍTULO I

SUBJETIVIDADES JUVENILES

*Raúl Enrique Anzaldúa Arce**

*A los jóvenes de ayer, hoy y mañana,
que han resistido y han luchado,
y no dejarán de hacerlo,
hasta conseguir un mundo mejor.*

Juventud es una categoría histórica (al igual que la de *infancia*),¹ esto significa que es una construcción sociocultural, que alude a la forma en que cada sociedad prepara, en este caso, la transformación de los sujetos, de la infancia a la edad adulta. La concepción de *juventud* que hoy tenemos es relativamente reciente, la mayoría de los autores que han estudiado este tema señalan que aparece después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los jóvenes comenzaron a

* Profesor investigador de la Universidad Pedagógica Nacional. Cuerpo académico: Constitución del Sujeto y Formación. Docente, en el Doctorado en Educación y en la Licenciatura en Pedagogía. Miembro del SNI y co-fundador del Seminario Interinstitucional Cultura, Educación e Imaginario Social; e-mail: reanzal@yahoo.com.mx

¹ Philippe Ariès (1986) y Lloyd DeMause (1994) señalan que la infancia es una construcción de la modernidad, lo que significa que es más reciente de lo que podría pensarse. En un trabajo anterior analicé este tema (Anzaldúa, 2012).

ser relevantes como grupo de consumidores y también se volvieron interesantes para la investigación social (Di Segni, 2006, p. 79; Reguillo, 2000, p. 201). Esto derivó, pocos años después, en la aparición de políticas públicas diversas para “atender” a este sector de la población.

Esto no significa que no hayan existido jóvenes en la antigüedad, sino que en el Occidente de la posguerra, la juventud comenzó a cobrar una importancia particular, que se mantiene hasta nuestros días. Este proceso ha sido acompañado por una serie de significaciones imaginarias (Castoriadis, 2007) que instituyen formas de ser, valores y concepciones acerca de lo que se espera de los sujetos juveniles.

Cabe señalar que no todas las sociedades abren un particular espacio temporal de transición de la niñez al sujeto adulto (Mead, 1995). Sin embargo, las sociedades que sí consideran esta fase, la dotan de contenidos y formas de expresión que pueden ser sumamente variables, incluso dentro de una misma sociedad.

En el presente trabajo intentaré plantear una serie de reflexiones acerca de cómo se están constituyendo hoy los sujetos juveniles, considerando los procesos de *subjetivación* (Foucault, 1988) en la compleja sociedad en que vivimos.

JUVENTUD, UNA CATEGORÍA AMBIGUA

La palabra *juventud* es el nombre con el que se designa a una fase de cambios, que inician con la adolescencia y que deberá culminar con una supuesta “madurez” en la que el sujeto termina por adaptarse a las exigencias de la vida social y laboral, asumiendo los papeles de trabajador, ciudadano, cónyuge, padre de familia, consumidor, etcétera.

Si bien la *juventud* se considera como una fase del desarrollo, no hay un acuerdo generalizado de cuándo comienza y cuándo termina, de manera que los criterios etarios resultan ambiguos y cuestionables,

porque no podemos dejar de considerar que se trata de una categoría sociocultural y su concepción está sometida a las tensiones y dinámicas de cada sociedad, donde intervienen factores económicos (los flujos mercantiles que conforman determinados sujetos consumidores), políticos (conformación de ciudadanos sujetos de derechos, obligaciones y políticas determinadas), y culturales (concepciones, valores y expresiones características), que a través de sus significaciones imaginarias instituyen el *espacio juvenil* y la manera en que los sujetos se insertarán y se modelarán a partir de éste.

En México, muchos investigadores siguen un criterio para “delimitar” a los sujetos juveniles establecido por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), quien ubica como *jóvenes* a los hombres y las mujeres entre los 15 y los 29 años de edad.

Si bien para este criterio estadístico la juventud comienza a los 15 años, cabría señalar que ésta comienza a gestarse a partir de cambios psicobiológicos que ocurren en la *pubertad*, cuando aparece una serie de transformaciones fundamentales en relación con la infancia y que derivarán en la conformación del niño en una persona adulta, como: el crecimiento (hasta alcanzar la talla que tendrá como adulto), la madurez sexual (que conlleva los cambios en los caracteres sexuales), que configurarán su estructura corporal como hombre o mujer, aunque la identidad sexual y de género serán modelados socialmente.

De manera paralela a estos cambios surge la *adolescencia*, como “la adaptación a las condiciones de la pubertad” (Blos, 1981, p. 29), que implica una serie de duelos (Aberasturi y Knobel, 1985) para elaborar las pérdidas del cuerpo infantil, del papel y la identidad de niño, así como el quebrantamiento de las figuras parentales como ideales y referentes. Todo esto seguido de una serie de procesos de reconfiguración de su identidad a partir de nuevos referentes sociales (los pares, las parejas, los personajes importantes de la cultura juvenil, entre otros).

Se considera que la juventud comienza propiamente con la adolescencia y continúa sus procesos de transformación y

modelamiento, hasta configurar una “forma de ser adulto”, investida por las significaciones imaginarias que una cultura determinada establezca para ello.

Cabe señalar que la concepción convencional de *juventud* emplea de modo primordial una serie de parámetros biológicos que trata de ubicar a los sujetos en periodos de edad ambigüamente determinados. Esta concepción resulta reduccionista, pues concibe al sujeto como un organismo que se desarrolla siguiendo una serie de etapas dentro de un continuo temporal ahistórico, en el que la cultura y las condiciones sociales aparecen como “telón de fondo”, sin que se les conceda la importancia fundamental que tienen.

Contraria a esta concepción convencional, “entendemos por *juventud*, una categoría histórica, una construcción cultural que alude a la forma en que cada sociedad organiza la transición de los sujetos, de la infancia a la edad adulta” (Anzaldúa, 2006, p. 107).

Si bien no todas las sociedades han creado un espacio particular para la juventud, las que lo han hecho la dotan de contenidos y formas de expresión que pueden ser sumamente variables, incluso dentro de una misma sociedad. Esto significa que en lugar de hablar de *juventud* (categoría abstracta y muy general) tendríamos que hablar de *los jóvenes*, o de las *múltiples formas de juventud* que existen en una determinada sociedad.

SOCIALIZACIÓN Y SUBJETIVIDAD

La conformación de los sujetos jóvenes ocurre no sólo entre los avatares convencionalmente considerados (derivados de sus cambios psicobiológicos), sino a partir de la forma en que se insertan en la sociedad, esto es, a partir de la socialización que los modela.

La *socialización* es el proceso por el cual los sujetos se integran a una sociedad, introyectando las *significaciones imaginarias sociales instituidas* en ella (Castoriadis, 2007), que son las que permiten mantenerla unida y el desarrollo de sus instituciones. La

socialización implica dos procesos que operan de manera simultánea y complementaria: la integración y la regulación.

Por medio de la *integración* los sujetos socializados son *convocados* (Ramírez, 2011) a *con-formarse* en participantes de determinados procesos sociales instituidos.

[...] las convocatorias distan de ser estímulos externos a los cuales responden los sujetos, o factores que existen independientemente de un sujeto y lo determinan coaccionándolo. Convocar implica un eco, una escucha, una resonancia del lenguaje en el deseo [...] Convocar es reconocerse cómplice de un llamado al cual uno atiende, identifica y hace lugar en el espacio, en el propio tiempo subjetivo, en la ley reconocida y el deseo que nos gobierna (Ramírez Grajeda, 2011, p. 45).

Las *convocatorias* interpelan a los sujetos a modelarse a *sí mismos* (Foucault, 1998), siguiendo ciertas *formas de ser*, de comportamiento y de prácticas, que se requieren para esta integración. Esto implica que tendrán que conformar una *identidad*,² de acuerdo con una serie de normas y códigos (Foucault, 1998), que introjectan como propios, y que formarán parte de la concepción que tienen de *sí mismos*.

Esta forma de poder [...] clasifica a los individuos en categorías, los designa por su propia individualidad, los ata a su propia identidad, les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos [atados a] su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo (Foucault, 1988, p. 231).

² Beatriz Ramírez Grajeda (2009 y 2011) analiza claramente cómo las convocatorias provienen de las significaciones imaginarias sociales, en tanto que son construcciones de sentido a partir de las cuales se incita la conformación de las identidades.

Una segunda operación del proceso de socialización es la *regulación*, por medio de la cual los sujetos –además de integrarse a las instituciones de una sociedad– asumen las formas que van a regular las prácticas, las relaciones y las maneras de participación de ellos en las instituciones, a las que han sido convocados a integrarse.

La regulación opera fundamentalmente a través de la conformación de una *conciencia moral* (Foucault, 1998, p. 30), que “regula” los comportamientos y las relaciones interpersonales e institucionales.

La socialización ocurre gracias al proceso de *subjetivación* que llevan a cabo los sujetos. Con el término *subjetivación*, Foucault (1998), pone el énfasis en la acción y el proceso por el cual el sujeto se constituye y se modela a *sí mismo*, en el entramado de las instancias de saber-poder: “un sujeto de la experiencia [...] en condiciones que lo hacen a la vez sujeto constituyente y sujeto constituido” (Jambet, 1995, p. 232). Foucault plantea la noción de subjetivación en torno a la experiencia moral:

Por ‘moral’ entendemos un conjunto de valores y de reglas de acción [código moral] que se proponen a los individuos y a los grupos por medio de aparatos prescriptivos diversos, como pueden serlo la familia, las instituciones educativas, las iglesias, etc. [...] Pero por ‘moral’ entendemos también el comportamiento real de los individuos, en relación con las reglas y valores que se proponen: designamos así a la forma en que se someten más o menos completamente a un principio de conducta, en que obedecen una prohibición o prescripción o se resisten a ella, en que respetan o dejan de lado un conjunto de valores. [...] Llamaremos a este nivel de fenómenos ‘moralidad de los comportamientos’ (Foucault, 1998 [1984], pp. 26-27).

Para Foucault, el sujeto se constituye a partir de las modalidades históricas de subjetividad y de los procesos de subjetivación que se realizan. Esto implica que la *subjetividad* es producida socialmente y tiene como sustrato la constitución del sujeto (la estructura que lo constituye como ser bio-psico-social):

La producción de subjetividad hace al modo en el cual las sociedades determinan las formas con la cual se constituyen sujetos plausibles de integrarse a sistemas que le otorgan un lugar. [...] Pero la producción de la subjetividad no es todo el aparato psíquico. Es el lugar donde se articulan los enunciados sociales respecto al yo (Bleichmar, 2010, pp. 54-55).

De acuerdo con esta perspectiva, el sujeto “no es una sustancia, es una *forma*” (Foucault, 1996, p. 108),³ es el efecto *-forma*⁴ de la subjetivación psíquica y social. El sujeto se *con-forma* (produce subjetividad) a partir del modo en que cada quien se relaciona consigo mismo, con los otros y con las instituciones en el proceso de socialización: “la subjetividad en sentido estricto [es]: posicionamiento del sujeto [...] ante sí mismo y los otros, sujeto ‘de inconsciente’, atravesado por el inconsciente, pero articulado por la lógica que permite la conciencia de la propia existencia” (Bleichmar, 2010, p. 11).

El *sujeto de la subjetividad* es la *forma* construida a partir del sentido que crea *para sí*, en el que alguien se ubica a *sí mismo* respecto a *sí*⁵ y en relación con el lugar que tiene en las instituciones de la sociedad histórica en la que se encuentra.

La subjetividad es la manifestación del proceso a través del cual alguien deviene sujeto. Se emplea la noción de ‘sujeto’ para señalar que está sometido a las fuerzas psíquicas que operan desde el entramado de la dinámica de las instancias de su aparato psíquico y está atado también a los procesos instituidos-instituyentes de su sociedad, sin que esto implique una determinación absoluta por parte

³ Las cursivas son mías.

⁴ “[...] la forma indica, a la inversa de su uso filosófico habitual, la variabilidad radical de la subjetivación, la noción de *manera* viene aquí a desbaratar la alternativa del sujeto y sus atributos: no hay maneras de ser sujeto (fórmula que dejaría abierta la posibilidad de determinar una subjetividad exterior a sus manifestaciones), sino maneras de sujeto” (Potte-Bonneville, 2007, p. 202).

⁵ “En la subjetividad humana hay reflexividad en sentido fuerte, que implica [...]: la posibilidad de que la propia actividad del sujeto se vuelva objeto explícito y esto independientemente de toda funcionalidad” (Castoriadis, 2004, p. 102).

de tales instancias, en todo caso, como diría Castoriadis, la creación incesante de nuevas subjetividades.

[...] el sujeto se presenta como esta extraña totalidad [...] composición paradójica de un cuerpo biológico, de un ser social (individuo socialmente definido), de una ‘persona’ más o menos consciente, en fin, de una psique inconsciente (de una realidad psíquica y de un aparato psíquico), el todo supremamente heterogéneo y no obstante definitivamente indisociable. De tal forma se nos presenta el fenómeno humano, es frente a esta nebulosa que debemos pensar la pregunta por el sujeto (Castoriadis, 1998, p. 119).

La subjetividad es subjetivación, acto de organización compleja que emerge de la relación del sujeto con el mundo y los demás. Esto implica que el sujeto crea y construye su realidad a través de un proceso subjetivante, mediado por los modos de subjetivación y las prácticas de *hacer y ser*, convocados por los *dispositivos de saber-poder* (Foucault), por los *agenciamientos del deseo* (Deleuze)⁶ y las operaciones del imaginario social: *legein y teukhein*⁷ (Castoriadis) instituidas en una sociedad histórica determinada.

El sujeto, en tanto subjetivación, es un ser siendo, devenir siempre abierto a procesos donde se realiza la subjetividad, pero también es efecto de la subjetividad misma. Al respecto, Oscar Masotta

⁶ Para Deleuze, el deseo “no implica falta alguna; no es tampoco un elemento natural; no es más que un agenciamiento de heterogeneidades” (2006, p. 28), que dinamiza al sujeto y lo coloca en las líneas de fuga de los dispositivos, que intentan controlarlo aunque no lo logren, pues el deseo no puede ser domeñado por el poder, a pesar de los intentos de normalizarlo y disciplinarlo, el deseo se desterritorializa, o como diría Castoriadis (2007), es flujo creativo e incesante de imaginación radical, ligado a las representaciones y los afectos.

⁷ El *legein* es la operación que alude a las formas instituidas del decir, del distinguir-elegir-poner-reunir-contar, que se manifiesta principalmente en el lenguaje y es lo que posibilita el pensamiento. El *teukhein*, consiste en las formas instituidas de hacer, el proceso de “reunir-adaptar-fabricar-construir [...] es dar existencia como... a partir de... de manera adecuada a... con vistas a...” (Castoriadis, 1989, t. II, p. 158); donde la técnica es sólo una parte del *teukhein*, pues abarca los aspectos secundarios y derivados del hacer-construir social, que es mucho más amplio.

señala: “[...] el sujeto es sujeto en proceso, el resultado de un avance constitutivo que es movimiento” (2002, p. 111).

A partir de las concepciones de sujeto y subjetividad que hasta aquí se han esbozado, tenemos que considerar que no podemos hablar de la *juventud* como una categoría unívoca, en la que podríamos ubicar a los sujetos juveniles, como si pudiéramos aludir a una serie de características comunes que fueran válidas para todos. Por el contrario, al decir que el sujeto es producto de la subjetivación de significaciones imaginarias, formas de ser difundidas como discursos (Bleichmar) y prácticas (Foucault), que convocan a los jóvenes a conformarse de una manera determinada y a comportarse siguiendo ciertos valores morales que se han introyectado a través del proceso de socialización, nos damos cuenta de que hay una multiplicidad de formas de *ser joven* y, por lo tanto, de *sujetos jóvenes*.

Cada sociedad histórica, cada cultura y estrato social convocan, producen y modelan distintos sujetos juveniles. Para ejemplificar esta multiplicidad valdría la pena hacer una breve exploración *diacrónica* (histórica) y *sincrónica*, para darnos cuenta de esta complejidad.

DIACRONÍAS JUVENILES

El concepto de ‘jóvenes’, considerados como categoría social específica (objeto de una particular atención), es relativamente reciente; una buena cantidad de autores (Medina, 1998; Nateras, 2002; Brito, 2002; Di Segni, 2066, entre otros) refieren que esta categoría aparece con claridad en el Occidente de la segunda posguerra mundial (Reguillo, 1999, p. 21), cuando los países vencedores (con un desarrollo industrial y económico considerable), impusieron a los países periféricos un estilo de vida caracterizado por el abundante consumo de mercancías que se producían con una marcada especificidad para cada género, sector social (clase alta, media, baja) y grupo etario (niños, jóvenes y adultos). De este modo se instauran consumidores específicos y en forma conjunta aparecen discursos

que abogan por la *singularidad de los sujetos* de cada sector. Así comienzan a proliferar los discursos sobre los jóvenes.

Si bien es cierto que hay bastante consenso entre los especialistas sobre el peso de estos acontecimientos en la aparición de una *cultura juvenil* y, en consecuencia, de la reivindicación de los jóvenes como sujetos sociales, cabe señalar que desde el siglo XVI comienza a perfilarse una serie de procesos que redundarán en la conformación particular de los jóvenes como sujetos.

Uno de tales procesos fue la conformación de una serie de disposiciones jurídicas que establecían rangos de edades y características particulares para instituir el reclutamiento militar obligatorio de los jóvenes, a quienes literalmente se empleaba como “carne de cañón” al servicio de los monarcas y más tarde, de los gobernantes de los nacientes Estados Nacionales.

[...] durante los siglos XVI a XVII, obligó a los diferentes poderes epocales a la repetición y reforma constante de normas de las milicias, con la intención de garantizar la tropa necesaria, sanear los aspectos financieros de los ejércitos, dotar de poder corporativo suficiente (creciente como se sabe) a sus mandos para que éstos sirvieran los intereses del rey y, en suma, “reformular” las ineficacias insoslayables de los ejércitos del momento (Comisión Mixta, 1996, p. 5).

Un ejemplo de esto podemos encontrarlo en la ordenanza de 1636, del Rey de España, que establecía que todos los jóvenes solteros debían enrolarse obligatoriamente en las filas del ejército para cumplir un servicio militar.⁸

Desde el siglo XVI hasta nuestros días el servicio militar se convirtió en un aspecto que abrió el espacio para distinguir y conformar un estrato juvenil en la población masculina, lo que contribuía a desarrollar un sentimiento de pertenencia a la misma clase de edad, en

⁸ Esta ordenanza provocó una oleada de matrimonios para eludir el reclutamiento forzado (Comisión Mixta, 1996, p. 6).

especial, cuando después de la *Revolución Francesa* se implantó (y se generalizó en muchos países) la *conscriptión* de manera obligatoria (Feixa, 2006, p. 6) para acceder a la condición formal de ciudadano.

Otro fenómeno que favoreció más tarde la aparición de una particular cultura juvenil, fue el *romanticismo*, que tuvo su auge entre los siglos XVIII y XIX, fue un movimiento cultural derivado del *romance medieval* (relatos de caballería, cuyos protagonistas eran jóvenes caballeros de los que se narraban sus aventuras y romances en las cortes).

El romanticismo moderno surgió como una reacción contra el racionalismo de la Ilustración y las corrientes clásicas (acartonadas) en las bellas artes. Consistía fundamentalmente en la búsqueda de mayor libertad en la creación artística, privilegiando la imaginación y las manifestaciones subjetivas y emocionales del artista. Esto produjo nuevas formas de creación en las artes y, derivado de ello, un nuevo público para esas novedosas expresiones.

El impacto de todo esto se reflejó también en la vida cotidiana, especialmente en los jóvenes de ciertos sectores sociales, quienes por estar más abiertos a lo novedoso, se convirtieron en sus principales seguidores, y se crearon así nuevas formas de ser convocados por las nuevas expresiones artísticas, que exaltaban el amor, la belleza, la juventud, la libertad y la expresión de los sentimientos. Aparecen entonces los grupos de bohemios juveniles que se reunían por las tardes y las noches. En 1830, con la influencia del romanticismo, en París deambulaban bohemios juveniles barbudos, melnudos con trajes de satín y terciopelo que en veladas nocturnas compartían poesías, canciones y aventuras amorosas al calor de las copas; al tiempo que lanzaban consignas contra lo que llamaban “la sociedad hipócrita”, pregonando en su lugar una honestidad personal. Las reuniones de estos jóvenes en ocasiones terminaban de manera eufórica, rompiendo cristales de los aparadores de la Ciudad Luz (Careaga, 1984).

Un fenómeno más que comenzó a abrir un espacio particular –en este caso para las jóvenes– fueron las revistas, especialmente

las dedicadas a las *señoritas*. Las primeras revistas o *magazines* que abordaban temas diversos sin tener un carácter de información del diario acontecer (que era el objetivo de los periódicos), aparecieron en Alemania a mediados del siglo XVII. Para el siglo XIX este tipo de medio de divulgación se había difundido e incluso comenzaron a aparecer revistas especiales para determinados lectores; así surgen las primeras *Revistas para Señoritas*, que por ejemplo en México contaban con una gran cantidad de publicaciones (Vega y Ortega, 2010), como: el *Semanario de las Señoritas Mejicanas* (1840-1842), el *Panorama de las Señoritas* (1842), *El Presente Amistoso* (1847), *La Semana de las Señoritas Mejicanas* (1851) y *La Camelia* (1853).

Estas publicaciones contaban con secciones literarias, de cocina, de belleza, costura, entre otras; su contenido se dirigía fundamentalmente a mujeres jóvenes de las clases altas y tenía el objetivo de colaborar en la socialización de las señoritas en los papeles tradicionales que se esperaba que asumieran, empleando argumentos científicos y moralizantes, redactados por escritores varones.

Otro factor que comenzó a marcar claramente un espacio juvenil, y que se replicará de diversas maneras hasta nuestros días, fue el surgimiento de algunos *movimientos sociales y culturales de jóvenes*, que pretendían distinguirse de las generaciones adultas. En 1815, en Alemania se da una revuelta juvenil de estudiantes universitarios contra las autoridades académicas, que después se traduce en una rebelión contra el autoritarismo patriarcal en la familia (Careaga, 1984). Los participantes en esta revuelta eran jóvenes de la pequeña burguesía, que se distinguían por su cabello largo y sus gruesos abrigos con cuellos anchos. La rebelión resulta repudiada y reprimida, cuando uno de los estudiantes asesina a un despótico y autoritario profesor.

En 1881, en San Petersburgo apareció un grupo de jóvenes nihilistas melencólicos, desalineados, vestidos de manera extravagante, que se expresaban con palabras altisonantes. Vivían juntos, practicaban el amor libre y tomaban acciones violentas, a manera de guerrilla, contra la sociedad zarista.

Por otra parte, cada vez se cobraba mayor conciencia de las diferencias de los niños como sujetos con una condición especial, situación que desde el siglo XVIII se había estado desarrollando (Ariès, 1986 y DeMause, 1994), y repercutió a finales del siglo XIX en leyes particulares para niños y jóvenes, como la de Inglaterra en 1899, que prohibía encarcelar a los menores de 16 años con los adultos (Feixa, 2006).

Este tipo de disposiciones jurídicas aparecen junto con el desarrollo de la Psicología Diferencial y después, de la Psicología Genética, que conformaban a los niños como sujetos psicoeducativos,⁹ y junto a ellos aparecen también los *adolescentes* como objeto de estudio. En 1904, Stanley Hall publica su estudio clásico, *Adolescence: Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, sociology, Sex, Crime, Religion and Education* (Feixa, 2006).

Con el afianzamiento del *discurso psicopedagógico* en el campo educativo, se reiteraron y especificaron, cada vez más, las diferencias entre niños, adolescentes y jóvenes, con la presunta intención de intervenir “científicamente” en la educación, al adecuar las estrategias educativas a la edad y las características psicológicas de los sujetos, con el objetivo de disminuir las deficiencias de aprendizaje y hacer más eficaz la enseñanza.¹⁰

Para Carles Feixa (2006), el reconocimiento jurídico y científico de la adolescencia es un elemento muy importante en el surgimiento del adolescente y el joven como sujetos sociales con características particulares, que deberían tener un trato especial. Este autor presenta un interesante estudio, donde sintetiza las maneras en que han cambiado las formas de ser joven a lo largo del siglo XX.

⁹ En un trabajo anterior analicé la manera en que los niños se fueron conformando como sujetos sociales, en especial, como sujetos psicoeducativos (Anzaldúa, 2012).

¹⁰ “La educación se fue convirtiendo cada vez más en una empresa psicológica [...] se identificó al sujeto que había de ser educado como un conglomerado de atributos definidos estadísticamente [...] como atributos del individuo en las formas de personalidad, afecto, sensibilidades perceptivas y cognición” (Fendler, 2000, p. 68).

En los estudios históricos emplean la noción de *generación* varios autores (Ortega y Gasset, Bernardi, Ramírez Jardines, Baz, entre otros), Feixa como ellos, opta por agrupar estos cambios en *generaciones* que muestran una parte de la enorme diversidad de convocatorias y formas de ser juveniles que aparecieron en el siglo pasado.

Uno de los primeros difusores de la idea de generación fue el filósofo español Ortega y Gasset, que en su trabajo *Las ideas de las generaciones*, concibe dicha categoría de la siguiente manera:

Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo campo social íntegro con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito la existencia con una trayectoria vital determinada (Ortega y Gasset, en Feixa, 2006, p. 6).

Al hablar de *generación* se intenta distinguir a un conjunto de personas nacidas en una misma época, en un contexto que las hace compartir experiencias semejantes y desarrollar valores y concepciones que apuntan a una sensibilidad común que las distingue de las generaciones precedentes y posteriores, por sus características culturales (gustos, música, formas de vestir, costumbres, etc.), psicológicas (fantasías, deseos, afectos y comportamientos), sociales (condiciones de existencia, roles e instituciones), políticas (formas de participación y su relación con los dispositivos de poder), educativas (acceso a los procesos formativos) y económicas (tipo de acceso a los bienes de consumo y al trabajo remunerado).

Como veremos más adelante, Franco Berardi (2010) señala que con el desarrollo tecnológico, la distinción entre las generaciones cada vez ha sido más drástico:

[...] los mundos generacionales comenzaron a constituirse como conjuntos cerrados, inaccesibles, incommunicables, no por motivos morales, políticos o psicológicos sino por un problema de formato tecno-cognitivo, por

una verdadera intraducibilidad de los sistemas de referencia interpretativos (Berardi, 2010, p. 77).

El paulatino reconocimiento de la adolescencia aparece acompañando a las transformaciones de los avances de la llamada “segunda revolución industrial”, que implicó una sustitución importante de mano de obra por las máquinas, provocando el despido principalmente de niños, jóvenes y mujeres, pues se había priorizado la contratación de adultos varones. Esto provocó la desocupación de una buena cantidad de niños y jóvenes que, a lo largo del siglo XIX, fueron objeto de una política (vigente hasta nuestros días) de proporcionarles una educación elemental obligatoria (Jones, 1994), estableciendo para ello un *dispositivo pedagógico* (Anzaldúa, 2004), que al inicio del siglo XX, se veía imbuido por los discursos de la psicología y la pedagogía, que buscaban regular científicamente el proceso de enseñanza-aprendizaje, al organizar los contenidos y las actividades de acuerdo con las edades de los educandos.

La desocupación de la novel población obrera y el establecimiento de un periodo formal de educación para niños y jóvenes (tanto burgueses como proletarios), abrieron claramente el espacio social de la adolescencia y la juventud, aunque el significado de ellas era distinto para cada clase social:

Mientras para los jóvenes burgueses significaba un periodo de moratoria social dedicado al aprendizaje formal y al ocio, para los jóvenes obreros era una consecuencia de la segunda industrialización, que los expulsaba del mundo del trabajo y los condenaba al paro forzoso y a la calle (Feixa, 2006, p. 4).

A partir de estos cambios, la concepción de juventud de las sociedades industriales alude principalmente al sector de la población que se encuentra estudiando, preparándose para su inserción laboral. Como prototipo ideal se asoció a la juventud con el estudio y se promovió la *identidad estudiantil*, como modelo identitario.

Surge también el ideario de cultivar a las generaciones noveles con la expectativa de que en ellas descansa la posibilidad de un mundo mejor. Este ideario era recogido tanto por la burguesía como por los sectores intelectuales revolucionarios. Ejemplo de esto es la aparición del movimiento *Boy Scouts*, organización juvenil burguesa fundada por sir Baden Powell, en 1908 (Feixa, 2006, p. 5), que desde un comienzo pretendía la formación en el ocio de los jóvenes para educarlos en la moral puritana que, además de favorecer el “culto al esfuerzo y al trabajo” (en consonancia con el modo de producción capitalista, como analiza Max Weber [1994] de manera magistral), también impulsaba actividades recreativas que buscaban alejarlos de los perniciosos vicios a los que podrían estar tentados, por ejemplo el ejercicio temprano de la sexualidad genital (cuya represión, señalarían años después Wilhelm Riech y Herbert Marcuse, como la génesis de la personalidad autoritaria que abriría paso al Nazismo).

La *esperanza de la juventud* tenía también un contenido crítico (y revolucionario) como motor del cambio social, así aparece por ejemplo en el texto de Walter Benjamin (1914) *Metafísica de la juventud*, donde plantea el anhelo de que la juventud encabece una transformación cultural que propicie el desarrollo espiritual de la humanidad. En esta misma línea, pero con una expectativa revolucionaria, en Rusia autores como Máximo Gorki buscaban interpelear a los jóvenes por medio de la convocatoria a ser protagonistas de una revolución social, como claramente aparece su célebre novela *La madre*, donde uno de los personajes principales es el joven Pavel, quien participa con su madre en el impulso y la realización de la Revolución socialista de 1917. Con este mismo ideario, los bolcheviques en el poder impulsan las organizaciones juveniles, por el ejemplo el *kosmol* (Feixa, 2006, p. 6), que siguiendo un modelo similar al *boy scout*, impulsaban el culto al socialismo y modelaban la formación cívico-militar, a través de actividades recreativas, para salvaguardar la revolución y sus “logros”.

Estas *convocatorias* dirigidas a los jóvenes para convertirse en los *impulsores del cambio*, han prevalecido hasta nuestros días y han

sido empleadas por los grupos políticos de los más diversos signos: como las *balillas* fascistas en la Italia de Mussolini, las *juventudes hitlerianas* en la Alemania Nazi, los movimientos juveniles cristianos, los movimientos guerrilleros revolucionarios, entre otros.

No podemos dejar de mencionar que las grandes revoluciones y movimientos sociales en la historia (los movimientos de independencia, la Revolución Francesa, la Revolución Soviética de 1917, la Revolución Mexicana, la Revolución Cubana, los movimientos libertarios de 1968, por mencionar sólo algunos) se han realizado gracias a la importante participación de los jóvenes, que ofrecieron su vida por ellos. Con estas convocatorias, el joven aparece como un *sujeto revolucionario*, figura que contrastará con otras que veremos más adelante.

En Estados Unidos, después de la Primera Guerra Mundial y del desastre económico de 1929, muchos jóvenes manifestaban su descontento contra el capitalismo que los había llevado a una guerra imperialista y les había hecho vivir la terrible experiencia de la depresión económica. Las actitudes rebeldes y el consumo prohibido de alcohol, que se acompañaba de la escucha del *jazz*, exhibía una nueva forma de ser y de vivir, que resultaba contestataria. En este tipo de manifestaciones participaron también las mujeres, lo que reforzó el carácter desafiante del movimiento.

Estas impugnaciones al capitalismo dieron pie por una parte a una mayor divulgación de la ideología marxista, que encontraba eco en los jóvenes y que originó la aparición de importantes movimientos sindicales y la organización de partidos de izquierda con diferentes corrientes. Paradójicamente, también surgieron los movimientos nacionalistas de ultraderecha, que escudados en miembros de izquierda, como el encabezado por Hitler en el Partido Nacional Socialista (NAZI), dieron origen a la Segunda Guerra Mundial y al exterminio xenofóbico de millones de personas.

Volviendo a este breve recorrido histórico sobre los jóvenes, cabe señalar que la generación inmediata a esta infame guerra, se caracterizaba por el escepticismo y la desconfianza en los valores que

representaban las generaciones de adultos, así como por el desconcierto hacia dónde y cómo conformar su identidad.

Sin embargo, con el paso del tiempo, en la medida en que se restablecía el desarrollo económico y se alcanzaba una cierta recomposición social, los jóvenes fueron cambiando su actitud, a decir de Feixa, esta generación “se caracterizaba por su falta de compromiso político y moral, por su conformismo con la sociedad establecida, por su adaptación funcional” (Feixa, 2006, p. 8).

Como hemos mencionado, en esta segunda posguerra, aparece un reconocimiento claro y generalizado de los jóvenes, pero principalmente se conforma una *cultura juvenil*. Entendiendo por *cultura*, en sentido amplio, la totalidad de los productos del hombre, tanto materiales (medios de producción, mercancías, etc.) como inmateriales o “espirituales” (el lenguaje, la filosofía, la moral, etc.). Cabe señalar que la cultura no es independiente del sistema social, por el contrario, “la estructura social y económica es la base y el modo como se produce la cultura” (Bartra, 1982, p. 57).

La *cultura juvenil* de la posguerra, aparece bajo la influencia comercial que ubicaba a los jóvenes como consumidores especiales, a los que habría que ofrecer mercancías apropiadas a su condición. De manera que son objeto de estudios de mercadotecnia e investigaciones científicas, que ayudarán a establecer su especificidad.

A mediados de la década de los cincuenta aparece el *rock & roll*, como un rasgo distintivo de esta naciente cultura juvenil, que desde entonces ha venido modificándose a lo largo de las generaciones posteriores. El *rock & roll* nace entre los jóvenes estadounidenses inmersos en un ambiente de desencanto del capitalismo y la sociedad adulta, aunado al descontento por las nuevas intervenciones imperialistas, la guerra fría, el macartismo (con las persecuciones políticas) y el exacerbado racismo, que fueron gestando un descontento cada vez mayor. Así, aparece el movimiento *beatniks*, grupo de jóvenes que se rebelaba contra la hipocresía estadounidense y expresaban su desolación y desencanto hacia su sociedad con el deseo de transformarla. Las novelas y las canciones

de protesta eran el vehículo para manifestar este descontento y difundir sus esperanzas de cambio.

Esta generación *rock* convocó a los jóvenes a una cultura de protesta contra las convencionalidades de la vida estadounidense, representada por el autoritarismo patriarcal de las familias plagadas de contradicciones y de una doble moral, que veladamente impulsaban el cinismo. Frente a esto, la cultura juvenil cuestionaba la hipocresía y convocaba a configurarse como sujetos hedonistas, regidos por la búsqueda de libertad respecto a las normas y valores adultos.

A mediados de los años sesenta el cuestionamiento a las instituciones comienza a radicalizarse. La rebelión juvenil contra las acartonadas instituciones de la burguesía y las dictaduras de los países socialistas, derivará en una serie de movimientos importantes, entre los que podemos resaltar el de los *hippies* (que tenían cierta inspiración en los *beatniks*). Este fue un movimiento *contracultural*¹¹ que surgió en Estados Unidos a principios de los sesenta, y cobró relevancia a partir del comienzo de la Guerra de Vietnam en 1964, contra la que se opusieron abiertamente, en especial por el reclutamiento forzado del que fueron víctimas, debido al servicio militar obligatorio.¹² Los *hippies* representaban una corriente libertaria

¹¹ El término *contracultura* aparece en E.U. después de la Segunda Guerra Mundial y se refiere a las formas de vida que se practicaban como manifestación de rebeldía frente a las costumbres y formas de pensar de los “hombres estables”: patriotas, ultraconservadores, patriarcales y adultocéntricos. La contracultura surge al aumentar la rigidez de la sociedad o cuando se priva de espacios de manifestación y desarrollo a sectores marginados del sistema. Los movimientos contraculturales aparecen como efecto del imaginario social radical, son movimientos instituyentes opuestos al orden instituido. Contraaponen a la cultura instituida, otra diferente.

¹² “En los años que tratamos, 27 millones de jóvenes americanos llegaron a la edad de reclutamiento: 2.2 fueron reclutados forzosamente al tiempo que 8.7 se presentaron voluntarios, bien por patriotismo o buscando mejores condiciones de servicio y destinos en cuerpos como los marines. Frente a ellos, 16 millones de jóvenes escaparon al reclutamiento. La situación llegó a un punto tal que el presidente Gerald Ford no tuvo más remedio que decretar una amnistía total para los insumisos y desertores, que llegaron a suponer 7% de los combatientes en 1971. De otro modo, habría tenido que realizar millones de juicios y encarcelar por tanto a millones de jóvenes americanos, con las consecuencias inaceptables que eso habría traído” (Comunidad, 2007, p. 1).

pacifista, caracterizada no sólo por su oposición a la guerra, sino también por su crítica al consumismo, por su música y vestuario psicodélicos, el empleo de diversas drogas, la libertad sexual y la apertura a nuevas formas de relaciones de pareja y “familia”.

Otro proceso importantísimo que marcó esta generación de jóvenes, lo constituyó el *Movimiento de 1968*, que se generalizó en muchos países, pero que contó dos importantes episodios: el *Mayo francés* y la *lucha estudiantil en México*,¹³ esta última desembocó en la terrible matanza de la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Estos movimientos juveniles hicieron eco de pensadores críticos como Herbert Marcuse y Wilhelm Reich.

La crisis económica de los años setenta debida a la elevación de los precios del petróleo y las materias primas, generaron inflación y altas tasas desempleo que afectaron de manera importante a los jóvenes. Se exacerbaron las contradicciones del capitalismo, se profundizó el desencanto, produciendo la multiplicación de las *contraculturas juveniles* y dieron lugar a la aparición de las llamadas *tribus urbanas*¹⁴ (Maffesoli, 2004), que son comunidades emocionales intensas, donde los jóvenes encuentran un importante referente identitario.

Estas tribus se han conformado principalmente en las ciudades y se caracterizan por constituir una forma cultural particular con: lenguaje, valores, códigos estéticos, música, rituales, vestuario, imagen corporal, actitudes, prácticas y formas de sociabilidad propias, que las distingue de otros grupos juveniles. Las tribus

¹³ Movimiento que se llevó a cabo contra el autoritarismo del gobierno y la búsqueda de la democratización de la sociedad.

¹⁴ En antropología la *tribu* es una forma de agrupación humana que se caracteriza por ofrecer a sus miembros un marco social, económico y religioso más o menos estable, con una estructura social definida que se basa en la división de las familias y clanes con un jefe común. La tribu ocupa un territorio claramente delimitado, que se está dispuesto a defender a toda costa. Cuenta también, con una cultura propia con concepciones, valores, creencias y prácticas, que la identifican y la distinguen de otras. La tribu es un referente sociocultural que dota a sus integrantes de identidad.

urbanas constituyen un cierto *ethos*, una forma de actuar y vivir, cargadas de significaciones imaginarias que les dota de identidad y sentido de pertenencia.

Este “neotribalismo” se ha convertido en una manifestación contracultural,¹⁵ pues aparece como una forma cultural que instaura acciones y significaciones imaginarias que se oponen a la cultura de las instituciones tradicionales como la familia, la escuela, la religión, pero también se contraponen a la cultura mercantil de la globalización.

Son muchas las tribus urbanas que han aparecido en el mundo en los últimos cuarenta años, algunas de las más significativas por su difusión y permanencia son los *punks*, *darks*, *rastas*, *rappers*, *emos*, *skas* y *skinheads*. Es imposible abordarlos en un trabajo corto como este, pero hay estudios interesantes al respecto: Costa, Pérez y Tropea (1996), Urteaga (2000), Valle (2002), Arce (2003) y Maffesoli (2004).

Al lado de los jóvenes disidentes que participan (en mayor o menor grado) de las diversas formas contraculturales, existen los jóvenes que intentan apegarse al *modelo convencional* de ‘juventud’ impuesto por la cultura del capitalismo (difundida primordialmente por los medios de comunicación).

El modelo convencional convoca a los jóvenes a demorar su incorporación al mercado laboral, prolongando su preparación escolar más allá de los 25 años, tiempo en el que de manera ideal se espera que terminen una “carrera” o al menos tengan una preparación aceptable para desempeñar un trabajo (Medina, 2000, p. 82). Se espera que también posterguen la formalización del vínculo de pareja (aunque se sigue impulsando la idea del matrimonio, aparecen nuevas modalidades de relación) y el establecimiento de diversas formas de familia.

¹⁵ El término ‘contracultura’ aparece en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial y hace referencia a las formas de vida que se practicaban como manifestaciones de rebeldía frente a las costumbre y formas de pensar de los “hombres estables”: patriotas, ultraconservadores, patriarcales y adultocéntricos.

SINCRONÍAS JUVENILES

El capitalismo, en su fase actual, ha sido calificado de diversas maneras para tratar de caracterizar sus cambios; así, se le ha denominado como *sociedad posindustrial* (para señalar el aumento considerable del sector de los servicios y el crecimiento de personas que trabajan en este sector, así como para destacar su carácter ideológico neoliberal y el impulso de las privatizaciones), *sociedad de consumo* (enfatisa el crecimiento exponencial de productos de consumo, junto con el crecimiento de la actividad mercantil como eje de estructuración social), *globalización* (derivada de las anteriores, se alude aquí al establecimiento de bloques comerciales multinacionales y la mundialización de las mercancías).

Sea cual fuere el nombre que se elija, lo importante es señalar que esta nueva fase del capitalismo, surge (en buena medida) al instaurarse un nuevo modelo de producción flexible apuntalado en los avances tecnológicos que han permitido el fraccionamiento del proceso productivo y la diversificación de los centros de producción. Paralelamente a estos cambios en la producción, se ha implantado una política neoliberal que, entre otras cosas, obliga a los países a firmar tratados de libre comercio en condiciones desventajosas para los más débiles, así como a abandonar las políticas del Estado benefactor y privatizar la mayor parte de las empresas estratégicas, de seguridad social y educación.

Se ha instaurado un *capitalismo salvaje –infocapitalismo*, como lo califica Franco Berardi, (2010)–, que sin misericordia alguna ha establecido una devastación social con el fin de elevar al máximo las ganancias de las cada vez más reducidas elites que dominan la producción, el mercado y las finanzas. A la par que las elites multiplican extraordinariamente sus ganancias, la pobreza extrema crece.

Este capitalismo salvaje arrasa con pueblos enteros, socavando sus formas de vida, su cultura y sus valores. Los aniquila sustrayendo su riqueza material y espiritual, ahogándolos en la miseria

y la violencia. Por si fuera poco, también destruye la naturaleza, poniendo en riesgo al planeta en su conjunto.

Uno de los fenómenos que más preocupan en la actualidad a los analistas sociales y que afecta de manera particular a los jóvenes, es el grave problema del *desempleo*. De acuerdo con la OCDE la tasa de desempleo en México en agosto de 2012 para los jóvenes entre 15 y 24 años subió a 9.4% (a diferencia de 8.8% del mes anterior). Según los análisis de este organismo, los jóvenes en las edades citadas son los más golpeados por la desocupación (*El Economista*, 2012, p. 16). La tasa histórica de desempleo de 4.09% registrada en 1997 como efecto de la crisis de la devaluación del peso, no se había roto hasta 2005, cuando se llegó a 4.25%, en los últimos sexenios se ha superado enormemente y, como vemos, es mayor en los jóvenes.

Los avances tecnológicos han desplazado de manera importante a la mano de obra. Las máquinas han venido sustituyendo a los hombres en sus puestos, esto ha significado para el capitalista una enorme ventaja, no sólo porque producen más, con mayor precisión y rapidez, sino porque resultan más baratas y sin conflictos. A la par de la sustitución del hombre por las máquinas, el vertiginoso crecimiento de la población ha producido un incremento importante de la oferta de trabajadores, que al combinarse con una progresiva reducción de la demanda laboral va generando un abaratamiento del trabajo y una selección más exigente de los trabajadores que se emplean. Esto ha provocado el *subempleo*, que es la contratación de personas con una formación superior a la requerida por el puesto, pero percibiendo un salario muy inferior al esperado por su escolaridad y experiencia.

Paradójicamente, la globalización está haciendo que desaparezca el trabajo asalariado, sin embargo, mantiene los discursos en favor de esta práctica e incluso sostiene que es el fundamento del sistema social. En su búsqueda insaciable de ganancias, el capitalismo opta por los recortes de personal, el pago de salarios raquíticos y el establecimiento de políticas laborales esclavizantes e inhumanas.

El modelo de producción flexible impulsa reformas jurídicas (como la reciente reforma laboral en México), que buscan eliminar contratos colectivos y todo tipo de regulación que obstaculice las nuevas relaciones laborales: contratos temporales, generalmente a destajo, donde se exige una enorme productividad regida por estrictos parámetros de calidad y excelencia.

El nuevo orden laboral busca sacar el máximo provecho posible al personal sin importar su desgaste físico o emocional. Para ello se emplean incentivos de todo tipo, así como la presión a través de la “ética” de la empresa (“ponerse la camiseta”) y los estándares de producción y calidad, que sirven como parámetros de evaluación del desempeño. El *costo de la excelencia* (Aubert y Gaulejac, 1993) se traduce en un devastamiento humano de la fuerza de trabajo, que culmina con el despido, una vez que el trabajador ya no rinde lo suficiente, de acuerdo con los parámetros establecidos. González Casanova (1999), señala que el capitalismo de la globalización ha propiciado un orden de *hiperexplotación* del trabajador, vivimos una especie de esclavismo soterrado, donde centenares de millones de personas en el mundo sobreviven con salarios miserables sin poder satisfacer sus más fundamentales necesidades y las de su familia.

El INEGI divulgó ayer su Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, con cifras al cierre del segundo trimestre de 2012, y en ese periodo el “logro” más contundente fue el incremento del empleo informal, en el que sobreviven más de 14.2 millones de personas, al tiempo que se incrementó el número de trabajadores con ingresos de cero a tres salarios mínimos, a la par que se redujeron aquellos con ingresos mayores a tres salarios mínimos. Más de medio millón de mexicanos se sumaron a las filas de quienes no tienen acceso a las instituciones de salud y alrededor de 700 mil a los que laboran sin contrato. Rotundo éxito el del “presidente del empleo”, quien mantiene a cerca de 2.5 millones de mexicanos en la desocupación absoluta –de los que alrededor de 40 por ciento son egresados de instituciones de educación media superior y superior–, entre tantas otras gracias (Fernández-Vega, 2012, p. 31).

Cada vez hay menos empleo y los pocos puestos existentes son temporales, por lo general, mal remunerados y sin ninguna protección social. Los jóvenes han sido las principales víctimas de este nuevo orden social y laboral, pues han tenido que enfrentar el desempleo masivo y las precarias condiciones de los escasos trabajos vacantes. Aunado a la exclusión laboral, los jóvenes se han visto también *excluidos de la educación*, lo que sin duda agudiza las contradicciones de su existencia y violenta incluso el modelo convencional desde el que son convocados para asumir la identidad juvenil.

En la globalización, la distribución internacional del trabajo asigna a los países del tercer mundo el lugar de abastecedores de materias primas y de fuerza laboral técnicamente calificada y sumamente económica. El modelo de producción flexible ha destinado a estos países la tarea de albergar empresas maquiladoras de las grandes compañías transnacionales. Esta demanda precisa una población que posea cierta capacitación técnica, que sea capaz de laborar en plantas con alta tecnología. Este requerimiento ha hecho que se demande al Estado la transformación del perfil educativo, aumentando la formación de técnicos (en los niveles de bachillerato y de educación superior), y disminuyendo la matrícula de las universidades no exclusivamente técnicas.¹⁶ De acuerdo con datos de la Subsecretaría de Educación Superior de la SEP, de 32 nuevas instituciones de educación superior creadas en el 2008, sólo dos eran universidades públicas estatales, lo que equivale a 6.25%, mientras que las 30 restantes (que equivalen a 93.75%), corresponden a IES de carácter tecnológico (cinco universidades tecnológicas, ocho

¹⁶ Esta política de reducción de matrícula, en ocasiones aparece de manera disfrazada, a través de la reducción de presupuesto, como ejemplo de ello, en el Proyecto de Presupuesto de Egresos 2014 la administración de Enrique Peña Nieto planteó reducir dos mil millones de pesos a los fondos que reciben las universidades estatales para su desarrollo: “lo cual impactará en la matrícula, porque no podrá crecer, aseguró el secretario general de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), Enrique Fernández Fassnacht” (*Excelsior*, 15/10/2013).

universidades politécnicas, cuatro institutos tecnológicos federales y 13 institutos tecnológicos estatales) (Turián, 2008, p. 9).

Para instaurar estos cambios se ha optado por tomar varias medidas, entre ellas el sensible incremento de escuelas y carreras técnicas, así como la implementación de un sistema de evaluación para la distribución de los alumnos en el bachillerato: el *examen único de Comipems*, que es el concurso de asignación a la Educación Media Superior, a través de un proceso de

selección de aspirantes que se lleva a cabo en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, por medio de una sola convocatoria, un mismo registro de aspirantes y la evaluación de habilidades y conocimientos de éstos, mediante un solo examen. La Zona Metropolitana de la Ciudad de México, para efectos del Concurso de Asignación, se ha definido, convencionalmente, como la zona que incluye el Distrito Federal y 22 municipios conurbados del Estado de México (Comipems, 2014).

A través de este examen, el Estado (con la mediación de una institución privada que es el Ceneval) selecciona a los alumnos que egresan de secundaria para colocarlos en las instituciones de educación media superior. Esta distribución implica la ubicación forzada (Aboites y Arriaga, 2004) de una buena parte de los alumnos en escuelas de educación tecnológica como los Cetis, Cebetis y el Conalep,¹⁷ instituciones en las que los alumnos no desean estudiar,¹⁸ de ahí el altísimo número de desertores.

¹⁷ “El truco, sin embargo, consiste en que los solicitantes deben enlistar hasta 21 escuelas en orden ascendente de preferencia, algo que difícilmente puede hacerse sin incluir escuelas técnicas” (Aboites y Arriaga, 2004, p. 185).

¹⁸ “Karina Gálvez, una joven y sociable mujer de 15 años y, además, buena estudiante, leyó el periódico aquella mañana del primero de agosto del 2003 y quedó completamente devastada. Ahí vio que había sido asignada a la ruta de educación técnica, una que hace mucho más difícil continuar posteriormente con la educación superior. Las palabras de su novio, de su madre y hermanas, quienes rápidamente se habían reunido en la sala de la casa, fueron de poco consuelo. La jovencita inventó una trivial excusa, subió al segundo piso de la casa, cerró la puerta de la recámara de sus padres y se suicidó con la pistola de su padre” (Aboites y Arriaga, 2004, p. 183).

En el *Reporte de la Encuesta Nacional de Deserción en la Educación Media Superior* (2012, p. 48), se señala que:

[...] de acuerdo con la información de las Estadísticas Básicas del Sistema Educativo Nacional, de los 4'187,528 alumnos que iniciaron el ciclo escolar 2010-2011 en la Educación Media Superior, abandonaron los estudios 625,142, lo que representa una tasa anual de deserción del 14.93%. Del total de desertores 282,213 fueron mujeres y 342,929 hombres [...], lo que representa 45% y 55% respectivamente, alcanzando una tasa de deserción del 16.67% en hombres y del 13.25% en mujeres.

La deserción en este nivel educativo de acuerdo con las cifras del INEE, señalaba que

[...] para el ciclo 2009-2010, la deserción intracurricular (estudiantes que dejan la escuela durante el año escolar que cursan) es la parte más importante (57.2%) de la deserción total y [...] la que se produce en primer grado es muy significativa (36.2%). La deserción intercurricular (deserción de estudiantes que ya no se inscriben en el siguiente ciclo escolar) representa casi el 43% de la pérdida total de estudiantes (Landeró, 2012, p. 35).

El acceso a la educación es cada vez más difícil para la juventud, la preparación formal se torna más elitista. Como paliativo, se ha incrementado la oferta en carreras técnicas, que supuestamente ofrecen salidas laborales al pretender satisfacer las demandas de capacitación del mercado de trabajo, pero que en realidad no cumplen con los requerimientos de los sectores productivos (Aboites, 1999), convirtiéndolas en preparaciones infructuosas.

Paradójicamente, mientras las políticas educativas tienden a restringir la matrícula de la educación superior, la producción “flexible” de la globalización requiere personal “polivalente”, cada vez más calificado. De ahora en adelante tendrán más posibilidades de conseguir un empleo, en condiciones más o menos aceptables, aquellos que hayan logrado especializarse y logren ofrecer sus

conocimientos para insertarse en los nuevos procesos tecnológicos de producción; sólo los mejor formados y más actualizados podrán disputarse los empleos, que cada vez son más escasos.

Estas condiciones sociales han dividido a los jóvenes en dos grandes grupos,¹⁹ conforme a sus posibilidades de integrarse o no al sistema: por un lado están los llamados *jóvenes incorporados* (Reguillo, 2000, p. 24), aquellos que (en mayor o menor grado) logran integrarse al sistema estudiando y/o trabajando, siguiendo (con frecuencia de manera accidentada) la trayectoria “convencional” a la que los convoca la sociedad. El otro sector son los *jóvenes disidentes o marginados*, que son aquéllos excluidos del sistema (que de alguna manera) se rebelan contra él y, en ocasiones, intentan conformar una cultura alternativa, a veces de franca oposición al sistema vigente.

Jóvenes incorporados

Estos son jóvenes que han tenido acceso a la educación, en especial, al nivel medio superior o superior, y de alguna manera logran incorporarse al mercado de trabajo, con las fluctuaciones de empleo frecuentes en nuestro tiempo. Por lo regular, se trata de jóvenes de clase media y alta que hacen un gran esfuerzo (con sus familias) para mantenerse adaptados a la sociedad de consumo.

A menudo, estos jóvenes buscan una formación cada vez más especializada para estar al día con el desarrollo tecnológico, con la intención de conseguir un mejor empleo o, por lo menos, mantener el que tienen.

¹⁹ Esta tipología (como todas) es parcial e incompleta, no pretendemos que los jóvenes puedan ser clasificados de manera tajante en cualquiera de estos grupos; sin embargo, puede ser útil para comprender la situación de dos grandes sectores de la juventud urbana (los jóvenes del ámbito rural y los de las comunidades indígenas presentan importantes diferencias).

Estos jóvenes estudiosos tienen más posibilidades de obtener empleo y mantenerse por más tiempo en él, pero son víctimas de la enajenación del trabajo: viven y estudian para trabajar, se desgastan en la competencia y en la sobreexplotación de las compañías que los contratan.

Las nuevas formas de gestión en las empresas emplean una serie de preceptos “éticos” que apelan a ciertos valores que intentan conformar un proyecto empresarial con el cual todos se identifiquen (Ramírez Grajeda, 2011). En un mundo hiperindividualizado, donde una buena parte de los referentes tradicionales de identidad y de valores (la familia, la escuela) han perdido su carácter formador y modelador de comportamientos (Castoriadis, 1997, p. 155), la empresa intenta llenar ese vacío moral que se ha creado, con fines estratégicos de control y productividad.

Desde hace tres décadas, estos nuevos modelos de administración han configurado un proyecto “ético” para cada empresa, que la distingue y en torno al cual buscan que los sujetos se identifiquen. Así, se crea la ilusión de que la firma es como una especie de *microsociedad* dotada de una “cultura organizacional” con normas y valores propios, donde a los sujetos, especialmente a los más jóvenes, se les hace creer que tienen un lugar importante. Pertenecer al “Grupo Televisa”, a la “Familia Nissan”, o a la “Compañía Coca-Cola”, los dota de una identidad imaginaria y de un cierto reconocimiento social que por sí mismos como individuos no tendrían. Esta forma de gestión de “ponerse la camiseta” convoca la identificación con la empresa, con su proyecto y sus códigos morales.

El valor más importante para esta ética empresarial es la *excelencia*, que antes “designaba una calidad intrínseca a la persona (una persona excelente, un excelente amigo, etc.), ahora en la empresa viene a calificar una manera de hacer las cosas siempre *mejor que los demás*” (Aubert y Gaulejac, 1993, p. 60). Según esta perspectiva, “buscar la excelencia [afirma un consultor empresarial francés] supone querer superarse, acercarse a la perfección, vencerse a sí mismo [...] batir su propio récord” (Aubert y Gaulejac, 1993, p. 61).

Los jóvenes que entran a laborar a este tipo de empresas se identifican con tales significaciones imaginarias e intentan conformar su identidad a partir de la búsqueda de la excelencia como una conquista personal, a través de la cual pretenden afirmarse como individuos “valiosos”. Alcanzar la “calidad total”, el “justo a tiempo” y la eficiencia absoluta son formas que asume esta búsqueda de la excelencia.

La *empresarización* de la sociedad convoca al individualismo, al egoísmo y la hipercompetencia, por ello la excelencia se convierte en un valor privilegiado que interpela especialmente a los jóvenes, para sacarles el máximo provecho. Así, la empresa capitaliza el deseo narcisista de “ser mejores”, poniéndolo al servicio de la productividad.

A través de estas estrategias, las compañías buscan la *adhesión apasionada* de sus trabajadores, cuando esto no se consigue y aparecen resistencias, se amenaza al empleado con el despido, que ocurre cuando el trabajador resulta conflictivo o ya no cubre los estándares de productividad que la empresa desea.

La hiperexplotación de estos jóvenes merma sus condiciones físicas y mentales rápidamente, con frecuencia se observa en ellos trastornos cardiovasculares, estrés, tabaquismo, alcoholismo, diversos tipos de adicciones y el desarrollo de rituales neuróticos generalmente obsesivos, como efecto de las presiones a las que están sometidos.

Cabe señalar que, a pesar de sus esfuerzos, no todos estos jóvenes encuentran empleo, muchos tienen que conformarse con subempleos modestos que no alcanzan el nivel de sus aspiraciones. Otros, los menos, optan por una salida compleja y difícil: el autoempleo.

Jóvenes disidentes y/o marginados

Este sector de jóvenes proviene por lo regular de familias de escasos recursos económicos, que ante la imposibilidad de continuar con sus estudios, intentan integrarse tempranamente al trabajo, donde encuentran subempleos, contrataciones eventuales (en pé-

simas condiciones), o bien, pasan a engrosar las filas de la economía informal.

En los últimos años ha aparecido un fenómeno al que se ha denominado como los “jóvenes *ninis*”, se refiere a los jóvenes que *ni estudian, ni trabajan*. De acuerdo con la OCDE, en el 2011 México tenía más de siete millones de *ninis*,²⁰ es decir, jóvenes entre 15 y 29 años que no han podido continuar sus estudios, ni tampoco han logrado colocarse en algún empleo. Cabe señalar que tampoco podemos pensar que estos jóvenes no hacen nada, muchos de ellos, en especial las mujeres realizan trabajos domésticos en sus casas, otros hacen trabajos eventuales en espera de conseguir un lugar en alguna institución educativa o un puesto de trabajo, más o menos estable y “satisfactorio”.

Por otra parte, la inseguridad permanente en el empleo —que sufre la mayor parte de la población, en especial, los jóvenes— origina la aparición de una *cultura de la temporalidad* en la que se vive al día sin la posibilidad de establecer proyectos a mediano o largo plazo. Algunos de estos jóvenes que viven en la inmediatez, sin aspiraciones futuras, prefieren efectuar actividades ilícitas para obtener beneficios económicos a los que no pueden acceder de otra manera, dada su condición de marginados. Muchas veces son presa del narcotráfico y la delincuencia organizada, que les ofrece ganancias inalcanzables para ellos por otros medios. De manera que prefieren arriesgar su libertad y su vida a cambio de vivir “bien” (con dinero) aunque sea en lo inmediato, en lugar de vivir y morir en la miseria en un plazo más largo.

²⁰ “La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) reiteró hoy que en México siete millones 226 mil jóvenes de 15 a 29 años ni estudian ni trabajan, lo que lo coloca en el tercer lugar entre los países de miembros del organismo, después de Turquía y Brasil. [...] De acuerdo con el estudio, del total de ‘ninis’ mexicanos, un millón 931 mil tiene entre 15 y 19 años; dos millones 673 mil, entre 20 a 24 años; y el resto, dos millones 622 mil, entre 25 a 29 años. De todos ellos, 39% son mujeres” (Redacción *Proceso*, 2011).

Otras formas de “disidencia”, como he mencionado anteriormente, es la participación en las *tribus urbanas*, movimientos contraculturales que son la expresión de imaginarios sociales instituyentes que cristalizan tensiones, encrucijadas y ansiedades de la juventud. Son la manifestación de oposiciones y resistencias a la cultura mercantil de la sociedad globalizada, que ejerce sobre ellos la violencia de la marginación.

La cultura y la opulencia exhibida por el sector minoritario de los grupos que acumulan la riqueza, se convierte en una forma de ejercicio de violencia, que a su vez genera una respuesta también violenta de las contraculturas juveniles.

Son muchos los grupos tribales de los jóvenes (algunos de ellos tienen presencia internacional). Quizá los más emblemáticos por su violencia contracultural son los *skinheads* y los *punks*.

Los llamados *skinheads* aparecen a principios de la década de los setenta en Inglaterra (desde donde se difundirán a varios países, en especial Estados Unidos, Francia y Alemania, en los ochenta), a éstos se les conoce como los “hijos de la desesperanza”. Surgen después del ’68 como respuesta a lo que consideraban el fracaso de la utopía psicodélica de los *hippies*; de hecho, se les considera como la antítesis de este movimiento. Lejos del pacifismo *hippie*, los *skinheads* son particularmente violentos y radicales, incluso sus expresiones recientes están vinculadas con movimientos de ultraderecha neonazi. Son nihilistas, racistas y no tienen una propuesta clara, a diferencia de las comunas *hippies* autónomas, libres y autosuficientes.

El estilo que los distingue se caracteriza por vestir con *jeans* ajustados (muchas veces negros), botas militares, chaquetas negras a las que denominan “suásticas” y llevan las cabezas rapadas. Practican rituales de iniciación que, por lo general, se trata de alguna acción violenta contra otra tribu o contra la autoridad. El rapado simboliza una especie de mutilación ritual, al igual que las perforaciones y los tatuajes. Sus manifestaciones agresivas y violentas para ellos son una especie de necesidad, pues éstas son demostraciones de fuerza, que los prepara para hacer frente a la violencia que los rodea. El *ska*

es la música que les gusta, acuden a las discotecas y a los estadios deportivos, donde suelen ser violentos. Consumen cerveza y drogas. Establecen grupos afectivos fuertes con solidaridad entre ellos, aunque se tornan muy virulentos con los ajenos.

Si bien los *skinheads* se vieron opacados en principio por los *punks* (tribu con la que cotidianamente se enfrentaban), al decaer este último movimiento los *skinheads* resurgen con singular fuerza en los ochenta y en la actualidad siguen siendo una de las principales tribus en Europa y Estados Unidos.

Otra tribu emblemática, sin duda, es la de los *punks*, que apareció en Inglaterra en 1975, también en oposición a la cultura *hippie*, que ya se encontraba en decadencia. Se caracterizan principalmente por ser anarquistas, lo que para ellos implica repudiar cualquier forma de gobierno, autoridad y normatividad. Su estilo es inconfundible por su corte de pelo en cresta, sus colores llamativos, su vestuario extravagante con cazadoras adornadas con tachuelas, pantalones ajustados, tatuajes, perforaciones, botas e implementos sadomasoquistas. Los *punks* emplean lo grotesco y lo feo como una forma de manifestar su desesperanza escandalosamente. La extravagancia de su estilo y la notoriedad que alcanzaron los hizo tener adeptos en muchas partes del mundo.

Si bien las tribus urbanas son un fenómeno que ha atravesado todas las clases sociales, algunas de ellas han sido adoptadas con más fuerza por ciertos sectores particulares, como es el caso de los *punks*, cuyos adeptos (incluso en México) se encuentran con más frecuencia en sectores lumpen-proletarios de las zonas marginales de las ciudades. Su carácter inconforme se refleja con la hostilidad, coraje y agresión de su estilo (vestuario, canciones, discursos, etc.), que hablan de su frustración y su odio a las condiciones sociales en que viven. El *punk* muestra con singular radicalidad el desprecio y el repudio a todo el sistema social establecido, por eso son antigobierno, antirreligión, antimoda, etcétera.

Cabe señalar que aun cuando no todas las tribus son violentas, la mayoría sí lo son y en ocasiones esta violencia va más allá de su

carácter contestatario (manifestado en sus consignas, su música, su vestuario, su aspecto y sus costumbres), para caer en prácticas delictivas y vandálicas (como el caso de la “Mara Salvatrucha”), o incluso algunos grupos (que en su origen tenían rasgos “tribales”), terminan confluyendo en bandas delictivas del narcotráfico y la delincuencia organizada. A partir de estos acontecimientos, la cultura dominante despliega una serie de prejuicios contra todos los grupos juveniles y sus manifestaciones no convencionales, catalogándolas de desviadas y delictivas.

La generación post-alfa

Como vemos, nos encontramos ante la presencia de múltiples y muy diversas figuras juveniles,²¹ que dificultan hablar de “la juventud” en general; aunque quizás uno de los pocos rasgos que la juventud actual comparte es el uso extendido de los medios *videoelectrónicos* y las *tecnologías de la información y la comunicación* (TIC), motivo por el que a la generación del siglo XXI se le conoce primordialmente como la *generación post-alfa* (post-alfabética) (Berardi, 2010), es decir, se trata de la generación que –en mayor o menor grado– se ha formado a partir de la videoelectrónica y la informática, y ha recibido sus primeras impresiones cognitivas de estos medios tecnológicos, donde se privilegia el lenguaje visual sobre el alfabético, ya sea escrito u oral.

Para Franco “Bifo” Berardi, esto constituye una verdadera mutación cognitiva, que está impactando a la humanidad (especialmente a los niños y jóvenes del siglo XXI), en sus estructuras psíquicas y lingüísticas: “la generación videoelectrónica ha adquirido

²¹ Hemos mostrado las multiplicidades juveniles, principalmente de corte urbano, asumiendo que los jóvenes indígenas, los que viven en comunidades rurales y los migrantes, cuentan con condiciones y características particulares, aunque en la actualidad también comparten algunos rasgos de los jóvenes urbanos como efecto de la globalización de la cultura y de las mercancías.

competencias de elaboración sin precedentes en la mente humana y ha adquirido la capacidad de moverse a gran velocidad en un tupido universo de signos visuales” (Berardi, 2010, p. 191).

Estas transformaciones tienen múltiples efectos, por ejemplo, “una creciente volatilidad de la atención. Nunca en la historia de la evolución humana, la mente de un niño estuvo tan sometida al bombardeo de impulsos informativos tan veloz y tan invasivo” (Bernardi, 2010, p. 192).

El uso intensivo y extendido de las tecnologías ha hecho que Roxana Morduchowicz hable de los niños y los jóvenes actuales como la *generación multimedia*. No sólo por la variedad de oferta mediática de que disponen, sino por el uso simultáneo que ejercen de ella. Mientras ven televisión hacen la tarea, escuchan música, hablan por teléfono y navegan por internet (Morduchowicz, 2008, p. 120).

La cobertura de medios tecnológicos en México presenta una serie de datos interesantes, el Censo Nacional de Población de 2010 señala por ejemplo, que 21% de las viviendas cuenta con internet en casa, 29% tiene al menos una computadora, 65% cuenta con teléfono celular y 43% con telefonía fija (INEGI en AMIPCI, 2011, p. 4) y 98% con televisión (AMIPCI, 2010, p. 9).

Sin duda, internet es el medio que más impacto y difusión ha venido cobrando en los últimos años, como muestran los estudios de la Asociación Mexicana de Internet (AMIPCI), quien señala que en el 2010 el número de usuarios de internet en México abarca 34.9 millones de personas (51% hombres y 49% mujeres), de los cuales 27% corresponde a usuarios cuyas edades fluctúan entre los 12 y los 17 años, mientras que 23% corresponde a personas entre los 18 y los 24 años y 17% entre 25 y 34 años de edad. Esto implica que más de 50% de los usuarios en México son adolescentes y jóvenes (considerando el rango de 12 a 29 años). El tiempo promedio de conexión de los internautas mexicanos en 2010 fue de 3 horas 32 minutos (AMIPCI, 2010, p. 22). Entre las principales actividades que se realizan a través de internet, encontramos que 90% envía y recibe

mensajes por correo electrónico, 68% baja fotos, videos y música, 61% accede a las redes sociales (actividad que ocupaba el cuarto lugar en el 2010) (AMIPCI, 2010, p. 24).

El uso de internet ha facilitado el acceso a una cantidad de información nunca antes vista en la historia. Esto ha tenido múltiples efectos muy benéficos; sin embargo, quizás uno de los más perjudiciales es confundir la educación y la formación con la información. El que se tenga acceso casi inmediato a grandes cantidades de información no significa que la humanidad esté más educada o mejor formada, no sólo por la enorme cantidad de información comercial y sin valor científico que circula en las redes, sino porque su acceso no implica mayor educación. La educación y la formación requieren un esfuerzo de apropiación de la información, lo que significa que la información es sólo un insumo en estos procesos. La educación se refiere al proceso de socialización formal o informal a través del cual se transmiten los contenidos de una cultura a las generaciones jóvenes (Durkheim, 1997), con la intención de que adquieran los conocimientos, saberes (información), habilidades, aptitudes y actitudes deseables para una sociedad determinada. Mientras que por formación, entendemos no sólo

[...] la adquisición de conocimientos, habilidades y actitudes para el desarrollo de una práctica social o una profesión; sino además, el conjunto de procesos psíquicos subjetivos (afectos, deseos, significaciones imaginarias, etc.) que acompañan a estos procesos de aprendizaje (Ramírez y Anzaldúa, 2001, pp. 75-76).

Consideramos que la formación es un proceso de transformación del sujeto “a partir de adquirir o modificar capacidades, formas de sentir, de actuar, de imaginar, de comprender, de aprender y de utilizar sus estructuras para desempeñar prácticas sociales determinadas” (Anzaldúa, 2004, p. 89).

A través de la formación los sujetos se autotransforman, *conformando* sus experiencias, saberes, estructuras, afectos, aptitudes y

actitudes, de acuerdo con el material que puede proveer la información pero, especialmente, gracias a las experiencias que este proceso de apropiación cognitivo-afectivo-intencional conlleva (que, por supuesto, no se limita a buscar información, copiarla y pegarla en un escrito o repetirla mecánicamente en un discurso).

En la actualidad, la socialización videoelectrónica que en diversas formas e intensidades tienen los niños y los jóvenes, produce efectos no sólo cognitivos, sino identitarios (la prevalencia de la identidad virtual) y afectivos (la virtualidad de los vínculos, el desapego), que aún no alcanzamos a comprender del todo, como señalan Franco Bernardi (2010) y Daniel Cabrera (2010). Estos efectos requieren investigación y la creación de nuevas categorías analíticas que permitan dar inteligibilidad a estos fenómenos, que se manifiestan también de manera diferenciada en la multiplicidad de infancias y juventudes.

Las sociedades polarizadas y las culturas paradójicas que vivimos producen un fenómeno que Cornelius Castoriadis (1997) denomina como *avance de la insignificancia* (la pérdida de sentido), que tiene como principales manifestaciones: el conformismo generalizado (la incapacidad de desarrollar un pensamiento crítico y la desmovilización política) y la crisis en el proceso identificatorio (con la promoción de modelos de identidad contradictorios), este último tiene una especial importancia en la conformación de los jóvenes.

La tecnología disponible se ha desarrollado hacia lo que nuestra fantasía ha deseado, pero al mismo tiempo crea y convoca a nuevas subjetividades: identidades informatizadas (vehiculizadas, conformadas por las TIC), que producen una suerte de desdoblamiento en una existencia virtual (*Facebook*) y una real, como si constituyeran una especie de “Avatar” u “holograma” de ellos mismos. Se convoca a dar más importancia a la vida aparente, expuesta en las redes sociales, que a las experiencias verdaderas que puedan crearse; esto en ocasiones obedece a la dificultad que la realidad ofrece para el bienestar y la vida satisfactoria.

Las contradicciones cotidianas y sus convocatorias se asemejan a los *dobles mensajes* (doble vínculo) que propician la esquizofrenia (Batenson, 1999), de ahí que la confusión y la incertidumbre promuevan esa especie de nihilismo de la *insignificancia*. Esta situación recae fundamentalmente en muchos jóvenes que se sumen en la frustración, la falta de perspectivas para el futuro, la ausencia de sentido e ilusiones en la vida. Esto deriva, en ocasiones, en la búsqueda de adicciones para sobrellevar los conflictos y las ansiedades de su existencia.

Las contradicciones se incrementan, debido a que en la actual escala de valores predomina el culto al dinero, se incentiva el egoísmo y la competencia. La moral cínica (funcional para el mercado) prevalece en las interrelaciones. El hedonismo mercantil, la búsqueda desesperada del dinero, el consumo como eje de la existencia, la ostentación y la vanidad, se proponen como los únicos elementos que pueden dar sentido a la existencia.

Este escenario se agrava con las confusiones generadas por los distintos referentes de identidad.²² La juventud es objeto de múltiples propuestas identitarias que provienen de diversas instancias como la escuela, los medios de comunicación, la familia, la Iglesia y los grupos de pares. Cada una de ellas con concepciones y valores muy diferentes, por lo que generan tensiones y contradicciones que hacen de la identidad²³ construida una *solución de compromiso* generalmente conflictiva.

²² Recordemos que la construcción de la identidad es uno de los procesos centrales para los jóvenes. El paso por la juventud implica elaborar los duelos propios de la adolescencia en relación con la infancia perdida (Aberasturi, 1980), para transitar por un proceso complejo en que resignifican su identidad, para conformar una *identidad juvenil*, que sirva de transición para construir otra identidad: la adulta.

²³ “De nuestra identidad hablamos siempre que decimos quiénes somos y quiénes queremos ser. Y en esa razón que damos de nosotros se entretienen elementos descriptivos y elementos evaluativos. La forma que hemos cobrado merced a nuestra biografía, a la historia de nuestro medio, de nuestro pueblo, no puede separarse en la descripción de nuestra propia identidad de la imagen que de nosotros nos ofrecemos a nosotros mismos y ofrecemos a los demás y conforme a la que queremos ser enjuiciados, considerados y reconocidos por los demás” (Habermas, 1993).

Entre las instancias que mayor influencia tienen en la construcción de la identidad juvenil, están los medios masivos de comunicación, que los convoca a convertirse en sujetos de la moda y consumidores de la “cultura juvenil” que el mercado impulsa.

Las estrategias mercantiles instauran discursos homogeneizantes de la *cultura juvenil hegemónica del consumismo*, al mismo tiempo que establecen sectores particulares de consumidores, que convocan diferentes tipos de sujetos juveniles para cada clase social, así se difunden diferenciaciones de gustos (ropa, música, estilos de comportamiento, etc.) marcadamente distintos, clasistas y jerarquizados, que convocan y modelan *subjetividades juveniles particulares*. Llama la atención cómo el mercado ofrece mercancías particulares incluso para los jóvenes que participan de la contracultura de las tribus urbanas.

Frente a las múltiples convocatorias del consumismo como referentes identitarios, los jóvenes enfrentan la violencia que produce no tener acceso a esas mercancías y formas de ser. En este entramado de convocatorias, los jóvenes afrontan el desafío de conformar su identidad como construcciones de sentido, que resulta de una síntesis, a veces contradictoria, de convocatorias de formas de *ser*, que se reflejan en una identidad, también contradictoria y cambiante.

La exclusión, la marginación y la miseria son las caras de la *violencia social*, que atenta de manera especial contra la juventud, y que amenaza con romper cualquier tipo de lazo social y de regulación civilizadora. La violencia social que genera el capitalismo produce más violencia; una violencia²⁴ generalizada que se disemina por todas las instituciones y en las relaciones sociales. La desesperación, la tristeza y la angustia desbordada pueden incrementar el monto de agresión que se manifiesta hacia los demás o hacia sí mismo. Cuando se vuelca hacia el exterior puede perturbar las relaciones

²⁴ Entendemos por *violencia* el conjunto de actos u omisiones en el que se atenta contra uno mismo o contra los demás, con el objetivo de causar daño. La violencia está ineludiblemente ligada al ejercicio del poder.

familiares y sociales, incluso derivar en la delincuencia. También aparece otra forma de expresar la agresión hacia el exterior, cuando la gente se rebela contra sus condiciones de opresión y de miseria, que son las reales causantes de su desesperación.

Ahora bien, cuando la violencia se vuelca hacia el interior aparecen prácticas autodestructivas como el alcoholismo y la drogadicción; también se producen los trastornos psicossomáticos y, en última instancia, puede sobrevenir el suicidio.²⁵

La violencia social produce angustia y miedo, con hondos y duraderos efectos inconscientes que producen una demolición subjetiva que deriva en diversos trastornos: neurosis, psicopatías e incluso psicosis.

La angustia puede anular la capacidad crítica y el pensamiento, de manera que es difícil comprender y elaborar los efectos de esta violencia social impuesta por el capitalismo. Con frecuencia se recurre a mecanismos de defensa primitivos, como la negación o la proyección. Paradójicamente, lo que se instaura de manera general es la *culpa*. El pobre y el desempleado tienden a culparse a sí mismos sobre su suerte, buscan de manera insistente una explicación que los “responsabilice” de lo acontecido. Esta culpabilización muchas veces se ve reforzada por el entorno social, donde prevalece un imaginario que no sólo condena a quien no tiene trabajo o vive en la miseria, sino que además lo culpa de su situación: “seguramente es pobre porque es flojo, irresponsable y sin preparación”, “¿qué habrá hecho para que lo despidieran?” “Seguro es incompetente y tal

²⁵ Las cifras de suicidios se está incrementando sensiblemente, por ejemplo durante el 2002 se reportó un total de 439 suicidios en el D.F., entre ellos 84 (19.13%) eran de jóvenes entre 11 y 20 años, las causas de muchos de éstos fue el “fracaso escolar”. Llama la atención la cantidad de jóvenes que se suicidaron por no encontrar lugar en las escuelas donde querían continuar sus estudios, la mayoría correspondió a mujeres con promedio de calificaciones de 9, que fueron rechazadas en los exámenes de admisión. Del total, 124 (28.24%) de los suicidios ocurrieron en jóvenes de 21 a 30 años, las causas principales son económicas, asociadas al desempleo. La cifra más alta es de 149 (33%) y corresponde a personas de 31 a 50 años, muchos de ellos, despedidos de sus trabajos. “Alarman los suicidios”, en *El Universal*, México, 7 de agosto de 2003, p. 1C.

vez no sea honrado”. Al respecto, Freud (1975 [1929]) señalaba que las catástrofes naturales solidarizan a las sociedades, mientras que *las catástrofes sociales las disgregan y las dividen*.

Esta demolición subjetiva lejos de convocar las fuerzas para revertir esta situación y cambiarla, crea un estado de mortificación social, de autocastigo, que obstaculiza la acción transformadora, sumiendo a las sociedades en la pasividad y la resignación (como señala Castoriadis al hablar del *avance de la insignificancia*).

Sin embargo, y a pesar de la despolitización –que se promueve por todos los medios– y la desesperanza –que con frecuencia invade a las personas–, aparecen las resistencias y las formas de lucha, muchas veces de la manera más inesperada y de los sectores menos previstos. Tal es el caso del reciente movimiento estudiantil “#Yo soy 132”, que se originó a partir del descontento de los estudiantes de la Universidad Iberoamericana ante la visita del candidato presidencial del PRI y el Partido Verde, Enrique Peña Nieto, el 11 de mayo de 2012. Acontecimiento que indignó a la comunidad estudiantil, por el manejo del grupo de campaña del candidato y la manipulación mediática que se hizo del acontecimiento, tratando de ocultar las manifestaciones de inconformidad.

El movimiento #Yo soy 132²⁶ forma parte de las múltiples manifestaciones de *indignados*, la mayoría jóvenes, que han surgido en los últimos años, como los globalifóbicos, los Anonymous, entre otros, que vuelven a colocar a los jóvenes como vanguardia de las luchas por el cambio y la transformación social.

Hoy, la juventud vuelve a hacerse escuchar, esta vez empoderada gracias al control de nuevas herramientas de comunicación globales, horizontales y libres [...] indignados y cansados de políticos y medios de información

²⁶ El movimiento #Yo soy 132 surge entonces para manifestar que no sólo fueron 131 estudiantes inconformes con el cerco informativo y el control de los medios, que aparecen en el video difundido en las redes sociales y que desmentía las declaraciones partidistas y mediáticas, acerca de que ese día los inconformes en la Ibero eran pocos y no eran estudiantes de esa institución.

que hablan entre sí y que en nada reflejan su realidad ni debaten sus problemáticas, el movimiento #Yo Soy 132 es una célula más de la necesaria 'contracultura' [...] de movimientos civiles contra de los sistemas establecidos (Fernández, 2012, p. 39).

En la generación post-alfa, los jóvenes nos muestran nuevas formas de resistencia y de lucha, ahora organizadas e impulsadas por las redes sociales, que se perfilan como un quinto poder:²⁷ "el de los ciudadanos y sus nuevos medios de comunicación y movilización: las redes sociales" (Fernández, 2012, p. 39).

Por doquiera va cobrando cada vez más fuerza la *indignación* y las protestas frente a las reiteradas y cada vez más devastadoras crisis del capitalismo en todos los ámbitos (económico, político, social, cultural y ambiental). La indignación crece, se vuelve *rabia*, y llega un momento en que nada la puede contener, manipular, engañar o reprimir..., y explota en las calles de Egipto, de Siria, de Líbano, de México, de España, de Grecia y mañana...

John Holloway le llama *la digna rabia*:

Rabia porque no es sólo México sino el mundo entero que se pudre, que se está destruyendo. Rabia porque vivimos en un mundo basado en la negación de la humanidad, la negación de la dignidad. Rabia porque la única forma de sobrevivir es vendiéndose. Rabia porque la crisis de este sistema se está traduciendo en más pobreza, más violencia, más frustración. [...] Con el grito de rabia rompemos con eso, decimos "¡no, no somos víctimas, somos humanos, ya basta de vivir así, ya basta de sufrir!" Ya no vamos a pedir nada a nadie, ya no vamos a formular demandas, ya no vamos a esperar la revolución en el futuro porque el futuro nunca llega. Vamos a cambiar las cosas aquí y ahora. Rabia, digna rabia. La rabia anticapitalista es una digna rabia porque rompe con la condición de víctima, porque ya tiene el deseo de

²⁷ Se considera la existencia de cuatro formas principales de poder: el ejército, la Iglesia, el Estado y el cuarto poder, considerado como el de mayor importancia para el control social: los medios masivos de comunicación.

otra cosa, de un mundo diferente, porque detrás de los gritos y de las barricadas hay otra cosa, la construcción de otras relaciones sociales, la creación de otro hacer, de otro amar (Holloway, 2011, p. 50).

Holloway sostiene que es el surgimiento de *otra política*, ya no de la izquierda que se ha quedado en la política de las demandas y las denuncias, sino en la política de avanzar en la transformación en la creación de un mundo nuevo. Es la apuesta por el impulso creador de la sociedad instituyente, que de manera autónoma y rompiendo radicalmente con lo instituido puede crear otra cosa, otra sociedad, otro mundo, como señala Castoriadis (2000). Porque el sistema se alimenta de nosotros, de lo que hacemos cada día para mantenerlo, la *digna rabia* es un ¡Ya basta! Ya basta de vivir así, tenemos que crear otro mundo, es un suicidio perpetrar el que tenemos. Los jóvenes de ayer, de hoy y de mañana (semilleros del futuro), lo intuyen, en su corazón lo saben, aunque no lo tengan claro, por eso resisten, luchan, crean y avanzan...

Es mejor asumir nuestra responsabilidad. Nos ayuda a entender nuestra fuerza: no somos los perdedores de siempre: nuestra rebeldía, nuestra insubordinación, nuestra dignidad está sacudiendo al sistema. [...] El desafío de la otra política es fortalecer este proceso, esta creación de otro mundo. [...] No pedimos nada a nadie, más bien vamos desarrollando aquí y ahora la insubordinación creativa, expandiendo lo más que podemos los momentos y espacios donde decimos “no nos vamos a subordinar a los requerimientos del capital, vamos a hacer otra cosa, vamos a fomentar la auto-ayuda, la cooperación [...]” No es fácil, no es obvio, pero ésta es la dirección en la cual tenemos que caminar, que explorar. Con rabia, pero con una rabia que va abriendo otras perspectivas, creando otras cosas, una digna rabia (Holloway, 2011, p. 51).

¡Una utopía tal vez, pero la realidad está hecha de sueños!

REFERENCIAS

LIBROS

- Aberasturi, Arminda y Knobel, M. (1985). *La adolescencia normal*. Buenos Aires: Paidós.
- Aboites, H. (1999). El perfil educativo de México para el siglo XXI. *Memoria del 3er. Congreso Nacional de Orientación Educativa*. AMPO '99. Tlaxcala: AMPO-SEP.
- Álvarez, L. (2003). Hacia un nuevo principio distributivo. Más allá del mercado capitalista del trabajo. En L. Álvarez (Comp.). *Un mundo sin trabajo*. México: Driada.
- Ariès, P. (1986). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Anzaldúa, R. (2000). ¿Ética en la administración? En G. B. Ramírez (Coord.). *Ética y administración. Hacia un análisis transdisciplinario*. México: UAM-A.
- Anzaldúa, R. (2004). *La docencia frente al espejo. Imaginario, transferencia y poder*. México: UAM-X (Disponible en versión electrónica: http://bidi.xoc.uam.mx/descripcion_libro.php?id_libro=163)
- Anzaldúa, R. y Ramírez, G. B. (Comp.) (2004). *Formación y tendencias educativas*. México: UAM-A.
- Aubert, N. y De Gaulejac, V. (1993). *El coste de la excelencia*. Barcelona: Paidós.
- Bartra, R. (1982). *Breve diccionario de sociología marxista*. México: Grijalbo.
- Batenson, G. (1999). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen.
- Bauman, Z. (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Baz, M. (2006). Avatares del vínculo generacional. En J. M. Á. Ramírez, (Coord.). *Educación y fronteras generacionales*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Berardi, F. (2010). *Generación post-alfa*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Bleichmar, S. (2010). *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del Yo*. Buenos Aires: Topía.
- Blos, P. (1981). *Psicoanálisis de la adolescencia*. México: Joaquín Mortiz.
- Brito, R. (2002). Identidades juveniles y praxis divergentes: acerca de la conceptualización de juventud. En A. Nateras (Coord.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-I/Miguel Ángel Porrúa.
- Cabrera, D. (2010). Educación y nuevas tecnologías de la comunicación. En R. Anzaldúa (Coord.) *Imaginario social: creación de sentido*. México: UPN.
- Careaga, G. (1984). *Biografía de un joven de clase media*. México: Océano.
- Castoriadis, C. (2000). *Ciudadanos sin brújula*. México: Ediciones Coyoacán.
- Castoriadis, C. (1997). La crisis del proceso identificador. En *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.

- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social*. Buenos Aires: FCE.
- Castoriadis, C. (1998). El estado del sujeto hoy. En *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Costa, P., Pérez, J. M. y Tropea, F. (1996). *Tribus urbanas*. Barcelona: Paidós.
- DeMause, L. (1994). *Historia de la infancia*, Madrid: Alianza Universidad.
- Del Río, E. et al. (1991). *Formación y empleo*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. (2002). *Empirismo y subjetividad*. Barcelona: Gedisa.
- Deleuze, G. (2006). *Deseo y placer*. Buenos Aires: Alción Editora, pp. 28-29.
- Di Segni, S. (2006). Ser adolescente en la posmodernidad. En G. Obiols y S. Di Segni. *Adolescencia, posmodernidad y escuela*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- Durkheim, E. (1997). *Educación y sociología*. México: Colofón.
- Fendler, L. (2000). ¿Qué es posible pensar? Una genealogía del sujeto educado. En T. S. Popkewitz y M. Brennan (Comps.) *El desafío de Foucault*. Barcelona: Ediciones Pomares-Corredor.
- Foucault, M. (1996). *Hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: Altamira.
- Foucault, M. (1982). *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad. 2. El uso de los placeres*, México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. En H. Dreyfus, y P. Rabinow. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. México: UNAM.
- Freud, S. (1975 [1929]). *El malestar en la cultura. Obras completas. Tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Duncan, H. y Boreham, J. (2000). *Romanticismo para principiantes*. Buenos Aires: Documentales Ilustrados.
- Jambet, C. (1995). Constitución del sujeto y práctica espiritual. En E. Balibier et al., *Michel Foucault, filósofo*. Barcelona: Gedisa.
- Jones, D. (1994). La genealogía del profesor urbano. En S. J. Ball (Comp.). *Foucault y la educación. Disciplina y saber*. Madrid: Morata.
- Maffesoli, M. (2004). *El tiempo de las tribus*. México: Siglo XXI.
- Marcuse, H. (1981). *Eros y civilización*. México: Joaquín Mortiz.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional*. Madrid: Planeta-Agostini.
- Masotta, O. (2002). Prólogo. En G. Deleuze. *Empirismo y subjetividad*. Barcelona: Gedisa.
- Mead, M. (1995). *Adolescencia y cultura en Samoa*. Barcelona: Paidós.

- Medina, G. (2000). La vida se vive en todos lados. En G. Medina (Comp.). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México.
- Mier, R. y Piccini, M. (1987). *El desierto de los espejos*. México: UAM-X/Plaza y Valdés.
- OCDE (1997). *Exámenes de las Políticas Nacionales de Educación*. México: OCDE.
- Morduchowicz, R. (2008). *La generación multimedia*. Buenos Aires: Paidós.
- Nateras, A. (Coord.) (2002). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-I/ Miguel Ángel Porrúa.
- Potte-Bonneville, M. (2007). *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires: Manantial.
- Ramírez, G. B. y Anzaldúa, R. (2000). Los modelos de intervención grupal en los requerimientos de producción flexible. En I. Font y A. Sánchez (Comps.). *Horizontes complejos en la era de la información*. México: UAM-A.
- Ramírez, G. B. y Anzaldúa, R. (2001). *Subjetividad y relación educativa*. México: UAM-A. En G. B. Ramírez, (Coord.) (2000). *Ética y administración. Hacia un análisis transdisciplinario*. México: UAM-A.
- Ramírez, G. B. (2011). Elección de carrera. Convocatoria y tiempo personal. En M. L. Murga (Coord.). *Lugar y proyecto de la orientación educativa*. México: UPN.
- Ramírez, G. B. (2009). *La servidumbre del amo. Paradojas del administrador. Una lectura psicoanalítica*. México: UAM-A.
- Ramírez, J. M. Á. (Coord.) (2006). *Educación y fronteras generacionales*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Reguillo, R. (2000). Las culturas juveniles: un campo de estudio. Breve agenda para la discusión. En G. Medina (Comp.). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México.
- Reich, W. (1976). *La lucha sexual de los jóvenes*. México: Roca.
- Reich, W. (1974). *La revolución sexual*. México: Roca.
- Rochín, D. (2002). La huelga universitaria ¿Una manifestación de las culturas juveniles de fin de milenio? En A. Nateras (Comp.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-I/Porrúa.
- Urteaga, M. (2000). Identidad, cultura y afectividad de los jóvenes punks mexicanos. En G. Medina (Comp.). *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México: El Colegio de México.
- Valle, F. (2002). Kronnos, Proteus y Thanatos. En A. Nateras (Comp.). *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México: UAM-I/Porrúa.
- Weber, M. (1994). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Colofón.

REVISTAS Y PERIÓDICOS

- Aboites, H. y Arriaga, M. L. (2004). Juventud y acceso a la escuela pública en México. *Revista Tramas*, 22.
- Anzaldúa, R. (2012). Infancias y adolescencias en el entramado de los procesos de subjetivación. *Revista Tramas*, 36, 177-208.
- Anzaldúa, R. (2006). Jóvenes frente al abismo. *Revista Tramas*, 24, 105-134.
- Fernández, M. (2012). Indignados, quinto poder y la primavera mexicana. *Zócalo*, 149, 39-41.
- González, C. P. (1999). La explotación global. *Horizonte Sindical*, 12.

FUENTES ELECTRÓNICAS

- Comisión Mixta Congreso-Senado. Ponente: Colectivo Utopía Contagiosa. Informe sobre la reforma del servicio militar. Análisis crítico desde una perspectiva antimilitarista. 5 de diciembre de 1996. Recuperado el 8 de octubre de 2012 de <http://es.scribd.com/doc/1461560/CONTEXTUALIZACION-DE-LA-REFORMA-DEL-SERVICIO-MILITAR-A-LO-LARGO-DE-LA-HISTORIA>
- Comipems, 2014. Recuperado el 7 de febrero de 2014 de <http://comipems.org.mx/ques.php>
- Comunidad dedicada al estudio de la Guerra de Vietnam (2007). El soldado americano en la guerra de Vietnam. Recuperado el 7 de octubre del 2012 de <http://guerradevietnam.foros.ws/t512/el-soldado-americano-en-la-guerra-de-vietnam/>
- Desempleo castiga a jóvenes en México: OCDE. *El Economista*. Recuperado el 20 de octubre de 2012 de <http://eleconomista.com.mx/taxonomy/term/5980>
- Feixa, C. (2006). Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, Niñez y juventud. Vol. IV. 2, 3-18. Recuperado en septiembre de 2012. http://www.redligare.org/IMG/pdf/teorias_juventud_era_contemporanea.pdf
- Fernández-Vega (2012). México S.A. *La Jornada*, 11 de agosto de 2012. Recuperado el 8 de octubre de 2012 de <http://www.jornada.unam.mx/2012/08/11/opinion/026o1eco>
- Hernández, L. (2013). Universidades no aumentarán matrícula si se aprueba reducción de fondos. (México) *Excelsior en línea*, 15 de octubre de 2013. Recuperado de <http://www.excelsior.com.mx/nacional/2013/10/15/923609>
- Landero, J. F. (2012). La deserción en la Educación Media Superior en México, México, *Suma por la Educación*, recuperado de <http://www.sumaporlaeducacion.org.mx/wp-content/uploads/2013/01/Deserci%C3%B3n...pdf>
- Redacción (2011). México tiene siete millones de “ninis”, reitera la OCDE. *Proceso*, recuperado de <http://www.proceso.com.mx/?p=281466>

- Turián, R. (2008). *La educación superior en México*, XXXIX Sesión Ordinaria de la Asamblea General de la ANUIES, ANUIES-SEP. Recuperado de <http://www.sep.gob.mx/work/models/sep1/Resource/102872/1/ANUIESMONTERREY.pdf>
- Vega, R. A. y Ortega, B. (2010). Moral científica para el “bello sexo” en la prensa mexicana para mujeres (1840-1855). *Revista Electrónica Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, publicación: 15/11/2010. Recuperado el 20 de octubre de 2012 de <http://nuevomundo.revues.org/60082#text>
- Reporte de la Encuesta Nacional de Deserción en la Educación Media Superior* (2012), SEP, México. Recuperado de <http://www.siguelo.sems.gob.mx/encuesta.php>

OTRAS FUENTES

- Arce, T. (2003). *Jóvenes, tribus, urbanas, violencia: el silencio de la pedagogía*. Trabajo recepcional. México: UPN.
- Holloway, J. (2011). La otra política, la de la digna rabia. *Maestría en Pedagogía del sujeto y práctica educativa*. Puebla: Universidad Campesina Indígena en Red (Ucired), pp. 49-51. Disponible también en: <http://www.johnholloway.com.mx/2011/07/31/la-otra-politica-la-de-la-digna-rabia/>
- Ramírez, G. B. (2009). *Los destinos de una identidad convocada. Construcciones de sentido de un grupo de estudiantes de Administración*. Tesis para obtener el grado de Doctora en Ciencias Sociales con Especialidad en Psicología Social de Grupos e Instituciones. México: Universidad Autónoma Metropolitana- Unidad Xochimilco.